

Al mártir, al que sin miedo
a la muerte desafiara,
con la esperanza prendida
en lo más hondo del alma,
por ver a su Cuba hermosa
como él siempre la soñara:
ante el mundo, independiente,
fuerte, grande y respetada.

Y fue el crimen en Dos Ríos
como el de Lorca en Granada,
una bala traicionera
le partió por medio el alma,
y se fue José Martí
por la vereda del alba,
a los jardines del cielo
a cultivar rosas blancas.

EL CINTURON DE CERDA

I

En una cárcel inmunda
a donde la luz no llega,
y en la que pierden los hombres
el valor y la paciencia,
por fuertes hierros guardado
en el rincón de una celda,
se encontraba Juan de León
cumpliendo con su condena.

Juan de León tenía una hija
alegre como una fiesta,
y por ella estaba preso
encerrado tras las rejas;
un hombre quiso ultrajar
a aquella niña hechicera,
y Juan de León mató al hombre
que intentara tal ofensa.

Pero la ley, que es la ley
a veces injusta o buena,
a Juan de León condenó
a sufrir la última pena;
sin comprender que mató
en actitud justiciera,
a quien, en lo más querido
quiso inferirle una ofensa.

II

El hambre ronda la casa
de Juan de León, en su ausencia
y asoma por las ventanas
sonriéndose la miseria;
apaga el fogón humilde
donde el carbón escasea;
y a la hija de Juan de León
causa dolores y penas.

Horas de angustia y dolor
arrancan doliente queja,
de labios de la inocente
que en su desconsuelo reza;
las vecinas del lugar
con desconfianza la observan:
—Es la hija del matón—
murmuran, haciendo señas.

La hija de Juan de León
llorando se desespera,
al verse sola en el mundo
sin quién su dolor comprenda;
se acuerda del que mató
por evitar una ofensa,
y que por ella está preso
encerrado en una celda.

III

El preso no pierde el tiempo
y tras los muros de piedra,
hace labores de araña
en un cinturón de cerda;
las grecas son maravilla
que al blanco cinto rodean,
y hay en el centro una larga
que es como una línea negra.

Juan de León pasa las noches
trabajando, siempre en vela,
ansioso por terminar
aquel cinturón de cerda;
y piensa que al acabar
su labor como quisiera,
con ella puede aliviar
de su hija la miseria.

Pedazos de negra noche
son testigos de su pena,
y de sus ojos a veces
gruesas lágrimas se ruedan;
perlas de su corazón
van prendiéndose a las grecas,
donde brilla la esperanza
de una buena recompensa.

IV

Terminada la labor
de aquel cinturón de cerda,
Juan de León lanza un suspiro
y levanta la cabeza;
en vez de una imprecación
de sus labios brota queda,
una plegaria que va
saliéndose de las rejas.

¡Señor!... —dice el prisionero
con voz que el viento se lleva—
ten compasión de mi hija
y que de hambre no se muera;
y al decirlo, terco graba
sobre el cinturón de cerda,
una escuadra y un compás
que adornan aquella prenda.

Se la entrega al capataz
a quien el recluso ruega,
que la mande a Don Manuel
el dueño de rica tienda,
a quien escribe una carta
en que le cuenta sus penas
y le pide que a su hija
mande lo que a muy bien tenga.

V

Mas ¡oh!, fortuna falaz
que tanto nos desespera,
el que rico vivía ayer
hoy se encuentra en la pobreza;
y lejos de la ciudad
con sólo su compañera,
sin dinero ni herramientas
está labrando la tierra.

Desesperado Manuel
por situación tan artera,
se duele de no tener
capital para la empresa;
y en las noches, cuando todo
es quietud en la pradera,
se oye salir del jacal
una lastimera queja.

La esposa del comerciante
ahora inclinado a la tierra,
lo anima con esperanzas
que a convencerlo no llegan;
y lo manda a la ciudad
a que surta la despensa,
y a que recoja, si es que hay
alguna correspondencia.

VI

Don Manuel regresa triste
a su pedazo de tierra,
mostrándole a su mujer
aquel cinturón de cerda,
y aquella carta en que el preso
que está penando entre rejas,
le pide para su hija
una humilde recompensa.

Atormentado Manuel
por la petición aquella,
al lado de su mujer
sobre la mesa hace cuentas:
doscientos pesos, total,
forman toda su riqueza
mas sintiéndose masón
a Juan remite cincuenta.

Yo gozo de libertad
en medio de mi pobreza,
pero Juan de León se muere
entre paredes de piedra,
por haber matado a un hombre
que intentó, ¡quién lo creyera!
mancillar lo más sagrado
que tiene un hombre en la tierra.

VII

Noticias de la ciudad
que por los caminos vuelan,
dicen que hubo una evasión
burlando a los centinelas;
que huyeron dos asesinos
que son pájaros de cuenta,
y que tengan buen cuidado
con las fieras que andan sueltas.

Comentando la noticia
está la joven pareja,
cuando oyen ruidos extraños
por el lado de la huerta;
sin poderse defender
y cuando menos lo esperan
un hombre pistola en mano
empuja fuerte la puerta.

¡No se muevan, o disparo!
–dice rugiendo la fiera,–
pronto, –grita a la mujer–
deme la plata que tengan,
y tú, –le dice a Manuel–
dame pronto tu chaqueta,
que vengo muerto de frío
con las carnes descubiertas.

VIII

Manuel quiere contestar
aquella agresión violenta,
mas ve que resulta inútil
la más leve resistencia;
hace entrega a aquel intruso
de la requerida prenda,
pero queda al descubierto
aquel cinturón de cerda.

Y la escuadra y el compás
de la hebilla que platea,
ponen asombro en los ojos
de aquella temible fiera;
que dejando de apuntar
con el arma a la pareja,
dice a Manuel: ¿Quién le dio
ese cinturón de cerda?

–Me lo mandó un presidiario
que se halla tras de las rejas,
y a quien sólo pude enviar
una pobre recompensa...
–Manuel es usted, y yo
Juan de León, ¡Quién lo creyera!
masones somos los dos
y hermanos sobre la tierra.

IX

–Estoy siendo perseguido
por la guardia, que allá afuera,
aullando como jauría
remueve piedra por piedra;
a quien me entregue, el Estado
dará rica recompensa,
áteme usted, por favor
con el cinturón de cerda.

Al fin mi hija murió
me la mató la miseria
y la ley que me encerró
por defender mis vergüenzas;–
Juan de León puso las manos
dóciles, sin resistencia
para que se las ataran
con el cinturón de cerda.

Cuando la guardia llegó
Juan de León, a su manera,
dirigiéndose a Manuel
le dijo con aspereza:
—¡Perro!, ya las pagarás
cuando salga de las rejas,
entonces te he de buscar
para que ajustemos cuentas—.

Con aquello el capitán
rindió informe de su empresa,
y el azorado Manuel
recibió gran recompensa,
con la que pudo sacar
a Juan de León de las rejas,
y adquirir la maquinaria
para trabajar su tierra.

X

Todo es paz en la quietud
de lo que ahora es hacienda
donde las risas de un niño
la vida rural alegran;
y en lugar de la estrechez
del hambre y de la miseria,
hoy abunda la salud
la alegría y la riqueza.

Juan de León vino a vivir
con Don Manuel a la hacienda,
y jugando con el niño
está sentado a la puerta;
lo acomoda en sus rodillas
le acaricia la cabeza,
y el chico sube a sus hombros
y riendo lo jinetea.

Juan de León camina a gatas
y al rubio niño pasea,
saltando como caballo
que relincha y que patear;
por las noches duerme al niño
en una cunita nueva,
los padres enternecidos
lo admiran y lo contemplan.

XI

El que en la cárcel ayer
de pena se consumiera,
hoy está preso en las redes
de un amor que recompensa
al de aquella pobre hija
que de hambre se le muriera,
y hoy son las rejas de hierro
rejas de amor que lo aprietan.

En vez de pasar las noches
trabajando, siempre en vela,
las pasa junto a la cuna
cual si lo ataran cadenas;
para el niño, es abuelito
que bellas historias cuenta,
y que la hace de caballo
que relincha y que patea.

Abuelito, –dice a Juan
que de ternura se llena–,
cuéntame un cuento, abuelito
sin fantasmas y sin fieras;
y Juan de León cuenta al niño
con voz que trémula tiembla
la historia que conocemos
de aquel cinturón de cerda.

SEÑOR DE LA EXPIRACION

Israel Cavazos Garza
escritor de Nuevo León
tituló su último libro
Señor de la Expiración.

En él de paso nos cuenta
la historia de su ciudad,
y cómo de humilde venta
llegó a donde ahora está.

Israel Cavazos Garza
escritor nuevoleonés,
nos presenta en esta vez
el fruto que en oro engarza.

En oro de bellas formas
que a su ciudad enaltece,
y que a nuestros ojos crece
al través de sus reformas.

Primero fue *sestadero*
de cansados caminantes,
que fueron del mundo andantes
buscando fama y dinero.

Después en forma sencilla
se transformó en permanente
descanso sobresaliente
de humilde y tranquila villa.

Ahora la asiduidad
de su honrada población,
la hizo de Nuevo León
una importante ciudad.

Fui maestro de su escuela
y a mucho orgullo lo tengo,
porque desde entonces vengo
cantándole en mi vihuela.

Don Petronilo Treviño
padre de Luis, el doctor,
es un valioso señor
con un corazón de niño.

Los González, a la usanza
de Treviño y Villarreal,
forman la familia real
con los Cavazos y Garza.

La Hacienda de Santa Cruz
y Congregas, y Encomiendas
figuran en las leyendas
con inusitada luz.

Y tras la divina cruz
signo de la religión
vemos de la *Expiración*
la imagen del gran Jesús.

Israel, te felicito
por honrar a tu ciudad,
ya que tu libro es un grito
de la más pura verdad.